



La Bandera

María Ascencia apoyó la cara morena y bonita en el barrote metálico del tobogán mientras miraba la lejana forma de un ciprés solitario sobre la colina chata y terrosa. Tres niñas y un niño muy pequeño tomaron la delantera para subir la escalerilla y descender entre risas y chillidos. Se rió, y terminó subiendo y descendiendo. De pronto se estremeció al recordar aquel enigmático y enorme mapa que casi cubría la pared de ingreso a la Dirección de la escuela. Era un mapa extraño del que no tenía ninguna noticia exhibiéndose en longitud, las letras de molde, las rayas apenas perceptibles cubriéndolo en zig-zag, y sobre todo, aquellos puntos cardinales pintados de negro. Esa primera vez había alcanzado a leer la palabra "Bolivia" detalle que la intrigó aún más hasta subyugarla. Desde ese momento se había propuesto dibujar el enorme mapa reticente y que sólo se exhibía en aquella pared. No existía una sola réplica en ninguna otra parte de la escuela y nunca había escuchado hablar de él en la clase o fuera de ella. Era como si aquel mapa estuviese explícitamente confinado.

Los niños eran los únicos habitantes en la explanada desolada de la escuela y el parque, debido a la huelga decretada por el sindicato. La mañana era clara, clarísima, pero fría. María Ascencia, comprendió que había llegado la mejor oportunidad para copiar aquel enigmático mapa y se alegró intimamente. Apartándose del grupo, cogió el cuaderno abandonado sobre el pretil y corrió ondeando el guardapolvo percutido, perdiéndose a la vista de las tres niñas y del niño muy pequeño. Inmediatamente supo que la ventana de la izquierda era la adecuada. Puso el cuaderno en la saliente de cemento y se asió de ésta impulsándose con la ayuda de los pies. Con el pañuelo limpió el vidrio que le daba la mejor visibilidad y haciendo sombra con la mano miró el interior, cuando se escucharon los primeros disparos.

—A las siete ya habían dado el comunicado—dijo la vieja—, dejando caer un atado de papas. —Yo no sabía nada—añadió, tratando de congelarse ante el miedo repentino que sentía. La joven vecina que la acompañaba, envuelta en un abrigo caqui de paño inglés, a medio uso, habló preocupada sobre la presencia del ejército.

—Anoche ya decía que las tropas estaban en Playa Verde, a dos kilómetros de aquí—dijo, acurrucándose y estremeciéndose entre la sensación del calor interior y el frío.

La vieja escuchó el comentario como un reproche y calló.

—De saber sobre la llegada de las tropas no habría dejado que María Ascencia se fuese a la escuela—, se repetía una y mil veces, condenándose por su ignorancia. Ingresaron en la habitación fratasada de barro mostraba hacia arriba listones de madera sosteniendo montones de paja apisonada. La joven sintonizó la radio que siempre estaba sobre un cajón de madera blanca que antes había servido como envase para cartuchos de dinamita. Buscó el mejor tono sin conseguirlo. Dio un golpecito al receptor, e inmediatamente, la voz estridente del locutor las estremeció. Radio Nacional de Huanuni emitía sus comunicados con el fondo musical de la marcha de los Colorados de Bolivia. La vieja no entendía por qué en estas circunstancias se pasaba esa música marcial que hacía más tenso y triste el ambiente.

—Esa radio otra vez está comenzando con su bulla—dijo—, caminado angustiada hacia la puerta de calle para ver si esta vez María Ascencia venía. —¿Qué nos harán ahora! y esta chica que no se viene—pensó. ¿Qué estaría sucediendo en la escuela? ¿En la población civil? La corriente de aire levantó polvo en la calle. Giró la cabeza y miró hacia el Posokoni recortado sobre el cielo celeste. En el declive de los cerros que venían del norte por donde se suponía asomaban los soldados del ejército, cortinas de polvo nacían y morían como olas que se elevan y desaparecen. Se anunciaba un día ventoso.

La tensión creció cuando la radio dijo que se daría lectura a la lista de los detenidos. —¡Van a dar la lista!—gritó la joven. Ordenó el cabello largo en una cola y salió apresurada rumbo a la emisora ante la sorpresa de la vieja que se resignó sin decir nada. Mientras corría, la joven iba repasando aquella información que había obtenido a las 08:00 de la radio Tupac Katari de Oruro que había interrumpido el programa deportivo de los hermanos Camargo para dar lectura a la nómina de los detenidos. Ahora le preocupaba este nuevo anuncio. Si esa lista era oficial, ¿a qué otra nómina de detenidos se iba a dar lectura? Levantó la vista hacia el sol con los ojos apenas abiertos, acezando y mostrando los dientes. Sintió la lengua como una esponja. Quería cerciorarse y saber con certeza quiénes estaban involucrados y tomar sus previsiones. Llegó al puente que se alzaba sobre el ancho y profundo río que dividía a la población. Desde niña ese puente le causaba un extraño estremecimiento. Desde niña sentía aprehensión y temor cuando cruzaba ese puente de barandas altas y espaciadas, de tablas separadas por cuyos resquicios se veía el hondo río lodoso, café o plomo, que discurría emitiendo un sonido ronco. En la noche, ese puente, ese río, ese sonido, eran sencillamente tenebrosos para ella.

Su habilidad para copiar se plasmaba en el dibujo del mapa. El enorme territorio que brasileños y peruanos tomaron para sí por la guerra y la diplomacia la sobrecogió, sin contar aquel Matto Grosso que un tal Melgarejo había cedido al mismísimo Brasil. El trazo general estaba concluido. Recorrió la punta del lápiz hacia el Sur por el río Paraguay hasta la confluencia del Pilcomayo. Negro era el territorio que no era de Bolivia, un negro inmenso y dominante.

Aquel mapa se mostraba en toda su magnitud. Apoyó la frente sobre el vidrio resollando, de rodillas, tratando de descifrar a la Bolivia que no era Bolivia. La onda de una explosión hizo que volviera a la realidad. La sirena de la mina aullaba con ese sonido ronco. Se quedó tensa moviendo los ojitos, atenta, como si aguardara. Le extrañó no oír

los gritos, las risas, las voces de las tres niñas y del niño muy pequeño. Por unos segundos se quedó prendida a la ventana. Tenía miedo. La corriente de aire ondeó el guardapolvo y poco a poco se desentumeció tratando de hacer el menor ruido. Se volteó lentamente y se dejó caer. ¿Nadie aguardaba en el parque? Le consternó no saber del niño muy pequeño. Las hojas arriscadas del cuaderno en el suelo de tierra, se abanicaban al soplo de la corriente de aire. Lejos se escuchaban voces roncadas, como si se moviese un pelotón recibiendo órdenes.

¿Cómo dejar que María Ascencia se fuese al a escuela en un día como éste? La vieja salía a la puerta para ver si la niña venía, y volvía a entrar y volvía a salir. Sólo se escuchaba el lejano y ronco sonido de la sirena. Más de una vez estuvo a punto de silenciar el receptor porque las voces de los dirigentes o de las mujeres que pedían ayuda la atormentaban, pero se contenía. Era necesario, era cuestión de vida o muerte saber si acaso las tropas del ejército decidían finalmente ingresar.

La voz estridente del locutor de dejaba escuchar: "¡Compañeros! ¡atención compañeros! ¡El gobierno entreguista ha decidido rebajar nuestro salario y quitarnos la pulpería barata, compañeros!... ¡El gobierno obediente a los designios del imperialismo pondrá en práctica su plan de racionalización despidiendo a miles de trabajadores, compañeros!..."

La vieja emitió un gruñido, como una queja de dolor.

Ni señas de María Ascencia ni de la joven que ¿aún estaría en la radio?

—¡María Ascencia, por qué no te vienes!—exclamó la vieja cayendo de rodillas e incorporándose mientras retumbaba la marcha de los Colorados y la voz del locutor. El gobierno había decidido enfrentarlos. La radio confirmó la presencia del ejército. Era un hecho la toma de la población civil. Las tropas estarían en menos de diez minutos en el campamento y a continuación el objetivo sería la mina. Para entonces ya estaría desmantelada la emisora.

La vieja alineó la manta y el pañuelo amarrado a la cabeza sosteniendo hojas de coca humedecidas. Era el miedo, el no saber qué iba a suceder, esa vulnerabilidad de saberse sola, como en la muerte del marido, y de la nuera, y del único hijo. Y ahora otra vez la toma del campamento y la mina por el ejército, ese temible ejército, ese maldito color de la jerga.

Abrió por instinto el baúl de cuero de oveja de color greda. No sabía qué hacer agobiada por las noticias de la radio. No tenía sentido hurgar en el interior. Sabía que allí encontraría el único recuerdo del hijo muerto. Las manos ásperas y toscas se crisparon en contacto con la seda de la bandera casi flamante... La "jaula"—un ascensor apenas limitado por barandas de madera que bajaba y subía a los trabajadores entre paredes rocosas—no terminó de ascender aquel día. ¡Se precipitó! En esas paredes habían quedado para siempre los restos del infortunado minero. En el cajón, a falta del cuerpo, habían colocado las ropas del muerto y una fotografía de cuando jugaba fútbol en el Racing de Llallagua. Las mujeres lloraban mirando el extraño ataúd negro-ceniciento cubierto por la bandera boliviana, cuando los mineros, en medio de un ambiente ya caldeado y dividido debido a la creación del nuevo partido de Lechín, se enfrentaron en una pelea campal, cayendo de uno y otro bando a plan de puño, patada y pedrada limpia. La vieja y María Ascencia tuvieron que concluir con el sepelio. Fue así como la tricolor pasó a ser una reliquia.

Los informes contradictorios y confusos hablaban sobre un inminente ataque desde Catarikahua. Las tropas estarían obligadas a pasar por la población civil y parapetarse en esa altura considerada estratégica. El disco de los Ases Andinos comenzó a girar en la consola. Por el sonido se advertía el tropiezo de la aguja con algún surco malogrado que terminó repitiendo interminablemente una frase de la canción. Luego se escuchó la característica de la Radio; esa música de piano que no era otra cosa que un trozo de "El Concierto de Varsovia" de Richar Addinsell.

La vieja vio los colores cálidos de la bandera boliviana; el rojo, el amarillo y el verde. Esos colores fuertes, esos colores trágicos para ella, estaban en las masacres mineras desde antes que María Barzola cayera acribillada envuelta en ellos.

El último comunicado leído en tono dramático por un dirigente, convocaba a la resistencia contra el régimen "restaurador" del general Barrientos, mientras los bonacrenses que seguían la transmisión de Radio Nacional de Huanuni en la capital argentina, imaginaban a Huanuni como una populosa ciudad, ni más ni menos. La musiquita de piano se escuchó un poquito más, hasta que intempestivamente se silenció y el receptor pasó a emitir sólo estática.

La vieja no pudo reprimir su dolor. Sintió que el corazón le latía aceleradamente preguntándose por qué María Ascencia no llegaba. Extendió la bandera abriendo los brazos en alto. Volvió a mirarla, y aun que no creyó que fuese un escudo, se cubrió con ella y salió, llamando a su niña.

Mamerto Solanas. Asiduo colaborador de "El Duende"